

LIBROS

JOHN WOMACK, JR.

Villa y Katz, historias paralelas

Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Era, 1998.

LA REVOLUCIÓN MEXICANA FUE cosa seria en su tiempo. Entre 1910 y 1911 ciudadanos de renombre se levantaron en diversos estados para protestar contra la séptima reelección del presidente Porfirio Díaz y exigir elecciones libres. El viejo mandatario se exilió. Madero, elegido por voto popular, subió al poder. Dos años después, Victoriano Huerta, un general del antiguo ejército, lo derrocó, lo mandó asesinar junto con el vicepresidente Pino Suárez e impuso su propio mandato con la cooperación de la Iglesia católica. La resistencia popular, organizada en ejércitos revolucionarios compuestos por decenas de miles de soldados—con apoyo estadounidense, que incluyó una intervención militar en 1914—arrojó al exilio al usurpador, desmembró a las viejas fuerzas federales y escenificó una “Soberana Convención Revolucionaria” para fundar un nuevo orden nacional que beneficiase a los campesinos y a los obreros en contra de la Iglesia.

Los jefes revolucionarios desconfiaron unos de otros y se dividieron. Dos de los nuevos ejércitos se aliaron contra un tercero que, en 1915, los derrotó. A pesar de otra intervención hostil por parte de los

Estados Unidos, los generales revolucionarios triunfantes en 1916 y 1917 organizaron un Congreso Constituyente, instauraron una Constitución nacionalista que promulgó la reforma agraria, el sindicalismo y el anticlericalismo; convirtieron a Venustiano Carranza, su jefe civil, en primer presidente de la nueva república, y apoyaron su neutralidad durante la Primera Guerra Mundial, una neutralidad que beneficiaba a Alemania e iba en contra de los Estados Unidos. Más tarde se dividieron en torno a la sucesión presidencial. En 1920 uno de aquellos generales, Álvaro Obregón, el estratega de la victoria en 1915, logró el apoyo de muchos otros para derrocar al presidente antes de que Carranza pudiera imponer a otro civil. Oficiales rebeldes capturaron y ejecutaron a su antiguo Primer Jefe. Obregón, el general que encabezó el levantamiento, ganó las elecciones presidenciales. Cuando aprobó algunas demandas de tierra que hicieron los campesinos armados y protegió a las nuevas y poderosas confederaciones sindicales, hubo quienes creyeron que los “bolcheviques” andaban sueltos en México.

Pero la Revolución Mexicana nunca fue como la rusa. Sus revolucionarios mexicanos no eran marxistas ni compartían

ideologías revolucionarias de ninguna otra especie. Tampoco disponían de un partido estable. En 1911 su más destacado intelectual, Luis Cabrera, declaró: “La Revolución es la revolución”, en efecto (aunque no era esto exactamente lo que quería decir), “haga lo que haga el revolucionario que gane”. Y lo que hicieron muchos jefes revolucionarios, antes y después de su triunfo, fueron negocios, tratos coercitivos y corruptos, explotar su poder, a sus tropas y a aquellos por quienes supuestamente habían luchado, en beneficio personal.

Sólo algunos permanecieron fieles a la justicia de su causa. El general que salió de los campos de batalla en 1915 para convertirse en presidente en 1920, y a quien se acusaba de amparar bolcheviques en su gobierno, se había vuelto millonario al acaparar desde 1917 el mercado de garbanzo. Otros generales eran auténticos pillos. La verdadera revolución sucedió en gran medida como un acto de rebeldía contra los revolucionarios oficiales.

Para los norteamericanos fue una revolución particularmente interesante y confusa. En aquella época sólo conocían el país a través de imágenes: tarjetas posta-

les, noticieros de cine, películas mudas hechas para entretener y no para explicar. Casi todas las fotos de México eran, como afirmaban los pies de grabado, escenas de “guerra”, igual que las imágenes, vistas por los norteamericanos en los últimos tiempos, de conflictos en otros lugares exóticos: Cuba, Sudáfrica, China, las Filipinas, los Balcanes. No fue hasta 1914 que una película sostuvo que la guerra en México era algo especial, una protesta popular contra los ultrajes despóticos, una lucha por parte de los honestos campesinos mexicanos por obtener justicia y libertad. El título de la cinta era: *El General Villa en batalla, fotografiado bajo los disparos, con escenas de la trágica historia de su juventud*.¹

De hecho la película iba a rescatar un prestigio revolucionario en el cual tenía un interés material el productor Harry Aitken, de la Majestic Motion Picture Company de Los Ángeles, y la Mutual Film Corporation de Nueva York. En diciembre de 1913, Francisco Villa, comandante de la mayor y más exitosa fuerza revolucionaria mexicana —la División del Norte— se había apoderado de Chihuahua, la entidad más grande del país, justo en la frontera con Texas y Nuevo México. Confiscó gigantescas propiedades rurales (ninguna de ellas norteamericana), repartió ropa y comida entre los pobres y prometió a sus soldados tierras al triunfo de la Revolución. Los corresponsales norteamericanos en El Paso se deshacían en elogios de Pancho (diminutivo de Francisco) Villa y lo llamaron el *Napoléon* y el *Robin Hood* mexicano.

Muchos directores de periódicos decidieron olvidar su carrera de “bandido” prerrevolucionario y elevar a dimensiones heroicas al insurrecto favorecido de manera más evidente por la Norteamérica oficial. El *New York World* y el *Metroplitan* enviaron a John Reed a Chihuahua para hacer reportajes sobre Villa. Aún más ambicioso, Aitken mandó a un agen-

te a firmar contrato con el general. El 3 de enero de 1914 los representantes de Villa y de Aitken suscribieron el acuerdo: la Mutual Film Corporation compró los derechos exclusivos para filmar las batallas de Villa y exhibirlas como noticieros en los Estados Unidos, México y Canadá. A cambio, Villa recibió un adelanto de 25 mil dólares sobre 20% de regalías.

La primera película de Villa en acción que exhibió la Mutual, una cinta de dos rollos sobre la batalla de Ojinaga, el 10 de enero de 1914, fue decepcionante. El polvo y el humo que se levantaron en la locación y la retirada de casi todas las fuerzas enemigas (cruzaron el Río Grande pa-



Ilustraciones: LETRAS LIBRES / Cees van der Hulst

ra refugiarse en los Estados Unidos) hicieron que las escenas a menudo resultaran opacas y confusas. Peor aún, no hubo escenas de combate gracias a que Villa no lanzó su ataque final sino hasta el anochecer. La secuela tenía que resultar mejor. Villa planeaba movilizar a su ejército hacia el sur para atacar Torreón, una importante ciudad ferroviaria y algodonera. Allí la batalla sería sensacional. La Mutual organizó a su equipo cinematográfico y le compró a Villa (quien antes siempre había peleado en traje de civil) un uniforme como se debe de general.

Sin embargo, el 17 de febrero, en su cuartel de Ciudad Juárez, Villa (o su guardaespaldas) mató de un tiro a un ganadero británico que exigía indemnización por

unas reses perdidas o tal vez robadas. Se produjo un escándalo internacional y hasta los periodistas que simpatizaban con él condenaron a Villa y lo llamaron un bandido nato. El *New York World* infamó al héroe de Reed como “un perfecto villano.”

Para defender a su socio y salvar su inversión, Aitken viajó desde Nueva York hasta Ciudad Juárez y firmó con Villa un nuevo contrato en que autorizaba a la Mutual a filmar su “vida”. Aitken telegrafió a uno de los directores de la Majestic en Los Ángeles y le ordenó trasladarse a Chihuahua para empezar la filmación tan pronto como fuera posible.

El director era Cristy Cabanne. A los 25 años Cabanne había sido asistente en Nueva York de D. W. Griffith, hasta que ambos se fueron a Hollywood a filmar para la Majestic. Cabanne dirigió con éxito los primeros *westerns* de esta compañía. (Más tarde fue envidiado por su trabajo con las hermanas Gish y otras estrellas del cine mudo y llegó a dirigir casi 70 películas sonoras de bajo presupuesto, entre las que sobresale *The Last Outlaw –El último fugitivo–*, con Harry Carey y Hoot Gibson, en 1936.) Cabanne se apresuró a viajar a Ciudad Juárez. Lo acompañaba un escritor de la Majestic, quien durante el viaje en ferrocarril convirtió algunas entrevistas recientes de Villa en el guión para un *western*.

En cuanto llegó Cabanne filmó algunas escenas “posadas” que mostraban al mismísimo Villa apaciblemente entregado a las labores del campo. A mediados de marzo las fuerzas revolucionarias se dirigieron al sur. Cabanne envió con ellas a un equipo de cinco personas. En la verdadera Batalla de Torreón —una acometida de los quince mil hombres de Villa contra los diez mil del usurpador que se prolongó del 23 de marzo al 2 de abril— el equipo filmó por lo menos 2,600 pies de cinta, incluidos 200 pies de escenas de combates callejeros y acercamientos a las cargas con bayoneta. (Entre los camarógrafos estaba Charles Rosher, un joven de 28 años que más tarde iba a ganar el Oscar a la mejor fotografía por *Sunrise [Amanecer]*, 1927) y *The Yearling [El potro]*, 1946.) De vuelta en Chihuahua, Cabanne diri-

¹ Para consultar ésta y otras películas, ver *Con Villa en México: testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución*, de Aurelio de los Reyes (México, 1985), y *La mirada circular: el cine norteamericano de la Revolución Mexicana, 1911-1917*, de Margarita de Orellana (México, 1991).

gió al reparto de la Majestic que representó la "vida" de Francisco Villa tal y como estaba en el guión.

Otro protegido de Griffith era Raoul Walsh, un actor de 27 años que interpretó el papel del "joven Villa". Después de representar, con mucho mayor éxito, a John Wilkes Booth, el asesino de Lincoln, en *The Birth of a Nation* (*El nacimiento de una nación*), con el tiempo Walsh alcanzó su plenitud al dirigir a actores de la talla de James Cagney. Entre sus 120 películas sobresale *White Heat* (*Fuego blanco*), estelarizada por el propio Cagney y Virginia Mayo en 1949. En sus *Memorias* Walsh asegura que él dirigió *Villa's Life* (*La vida de Villa*).

De vez en cuando, al volver del frente, Villa se representaba a sí mismo en actitud de mando. La División del Norte ganó la Batalla de Torreón. La película, todo un éxito de cinco rollos, además de otros dos para noticieros, se estrenó el 9 de mayo en el Teatro Lyric, en el corazón de Broadway. Gracias a ella el público norteamericano quedó fascinado con el comandante de la División del Norte.

Esta es la trama: la familia Villa tiene un rancho. Francisco, el hijo, ara la tierra. Un día se ausenta en viaje de negocios. En las cercanías hay un campamento militar. Dos oficiales aparecen, coquetean con las dos hermanas de Francisco y las persiguen. Uno de ellos atrapa a la menor. Auxiliado por su camarada, la viola. Ella muere. Al regresar Francisco descubre la atrocidad, persigue a los villanos, captura y mata al violador, pero su cómplice logra escapar. Comienza la revolución. Prófugo de la injusticia, Francisco encabeza el levantamiento. Sus victorias son contundentes. En Torreón se encuentra al otro culpable. En el clímax de la película, lo elimina de un disparo. Quizá Villa será el próximo "hombre fuerte" de México. Tal vez llegue a ser presidente.

De hecho, la División del Norte destruyó a las fuerzas del gobierno en el norte y en diciembre de 1914 ocupó la Ciudad de México. En 1915 la Mutual lanzó una versión reeditada de la obra de Cabanne: una cinta de cuatro rollos, *The Outlaw's Revenge*, *From Bandit to General* (*La*

venganza del forajido: de bandolero a general), porque "el General Villa está ahora de manera casi continua bajo el escrutinio de la opinión pública..."

Pero ese mismo año otro ejército revolucionario destruyó a la División del Norte y Villa tuvo que volver a las operaciones guerrilleras. Mientras tanto, los Estados Unidos lo abandonaron y reconocieron a Venustiano Carranza, jefe del ejército vencedor y archirrival de Villa, como nuevo gobernante mexicano. El 9 de marzo de 1916 guerrilleros villistas atacaron Columbus, Nuevo México, y mataron a 17 norteamericanos. Villa se convirtió en el Osama Bin Laden de su época.

El 15 de marzo una expedición punitiva al mando del general John Pershing cruzó la frontera y entró en Chihuahua para capturarlo. De pronto los contratos y las películas de Aitken perdieron todo su valor, excepto el histórico. Otras compañías, entre ellas la Hearst y la Pathe, se encargaron entonces de filmar los noticieros. La Feinberg Amusement elaboró *Following the Flag in Mexico* (*Tras la bandera en México*) en la que se anunciaba: "Villa a cualquier costo: 20 mil dólares, a quien lo entregue vivo o muerto..."

A partir de entonces, el caudillo del norte ha sido personificado en seis películas norteamericanas que muestran a igual número de Villas: *Viva Villa*, con Wallace Berry (1934); *The Treasure of Pancho Villa* (*El tesoro de Pancho Villa*), con Joseph Calleia (1955); *Villa!*, con Rodolfo Hoyos (1958); *Villa Rides* (*Villa cabalga*), con Yul Brynner (1968); *Pancho Villa*, con Telly Savalas (1972), y *She Came to the Valley*, también conocida como *Texas in Flames* (*Texas en llamas*), con Freddy Fender (1977). En todas ellas la figura de Villa oscila entre bandolero, vengador y patriota; quizá el concepto más cercano a que pueden llegar los norteamericanos de lo que es un revolucionario.

Su bibliografía ha sido más extensa, pero tampoco logra descifrar su personalidad. Allí está, irreal, en *The Puma of the Sierras* (*El puma de las sierras*), *The Centaur of the North* (*El centauro del Norte*), *Cock of the Walk* (*El brabucón*), etcétera. En México va-

rias películas e innumerables libros y corridos lo han presentado todavía con mayor pasión pero de modo aún más variado: fuerza de la naturaleza mexicana, encarnación absoluta del machismo, Barbazul del pueblo, expresión de la ira popular, Quinto jinete del Apocalipsis, flagelo de los ricos y elegantes, epítome del México bronco, símbolo del país enloquecido. Cualquiera que esté interesado en descubrir quién fue en realidad Villa, qué hizo realmente y qué significa ha tenido que leer extensa y escépticamente.

Y A NUNCA MÁS. ESTE LIBRO GIGANTESCO Y MAGISTRAL, la biografía de Pancho Villa por Friedrich Katz, es una obra abarcadora de enorme autoridad. El autor obtuvo dos doctorados por sus tesis sobre México. Ha escrito más de quince artículos sobre historia mexicana que han tenido gran influencia y cuatro libros acerca del pasado y el presente de América Latina. Entre ellos, un estudio premiado sobre la disputa imperialista europea y norteamericana en México durante la Primera Guerra Mundial. Katz ha investigado en más de 50 archivos públicos y diez archivos privados, en nueve países y en cuatro idiomas para encontrar información sobre Villa. El resultado es la obra de toda una vida. Tiene un poder conceptual de amplísimo trazo, hace descubrimientos decisivos, muestra una perspicacia iluminadora, un análisis convincente, un juicio escrupuloso, un razonamiento directo, relatos apasionantes, prosa clara, ingenio mordaz y extrae amplias conclusiones. Este libro no hará cesar la investigación ni los escritos sobre Villa, porque al publicarse casi seguramente impulsará la apertura de nuevas fuentes. Pero es una obra definitiva en su valoración del significado de Villa y en el planteamiento de las preguntas básicas sobre su figura.

Pancho Villa conlleva una mayor carga de autoridad gracias a la sapiencia, el refinamiento y la sabiduría que el autor heredó no tanto de su prodigiosa erudición como de su padre. Aunque sea brevemente, vale la pena mencionar la historia de este legado, por su propio valor y para se-

ñalar una razón más que académica de por qué Friedrich Katz, que tiene el título de Morton D. Hull Distinguished Service Professor of Latin American History en la Universidad de Chicago, ha trabajado durante más de 30 años en el tema de los campesinos y la Revolución Mexicana.

La historia comienza lejos de México, en Europa Oriental, en los Cárpatos, en Bukovina, un lejano rincón del imperio austro-húngaro, una aldea situada a escasos kilómetros de la frontera con Rumania. Allí, en 1892, un vendedor de leña, Jacob Katz, y su esposa celebraron el nacimiento de su primer hijo, Israel Lieb.² De todas las regiones austriacas, Bukovina era entonces la más arbolada, la de mayor riqueza agrícola (principalmente cereales), y la que tenía más monopolizada su tierra. También ostentaba los caballos más hermosos y era la más compleja desde el punto de vista étnico: 42% de la población hablaba ucraniano, 32% rumano, 13% yiddish, 7% alemán, y el resto polaco, húngaro, armenio, ruso y griego. La economía estaba moldeada sobre líneas étnicas: los terratenientes ausentistas hablaban rumano y alquilaban sus propiedades (llamadas "latifundios" por sus críticos), por lo general en varias extensiones y a largo plazo, a comerciantes que se expresaban en yiddish o en alemán. Ellos, a su vez, subarrendaban anualmente pequeñas parcelas compartidas a campesinos sin tierra hablantes del ucraniano o el rumano.

Czernowits, capital de Bukovina, floreciente desde que el ferrocarril de Cracovia a Kiev pasó por ella en 1866, era, en 1892, una ciudad "completamente moderna" de 50 mil habitantes, entre ellos 18 mil judíos (reformistas, ortodoxos y sionistas), con gran cantidad de escuelas y una universidad nueva, según la guía *Baedeker*. Sin embargo, en el campo, donde habitaba 80% de la población, pocos llegaban a la escuela. Después de Dalmacia, Bukovina era la región austriaca con el mayor número de analfabetos.

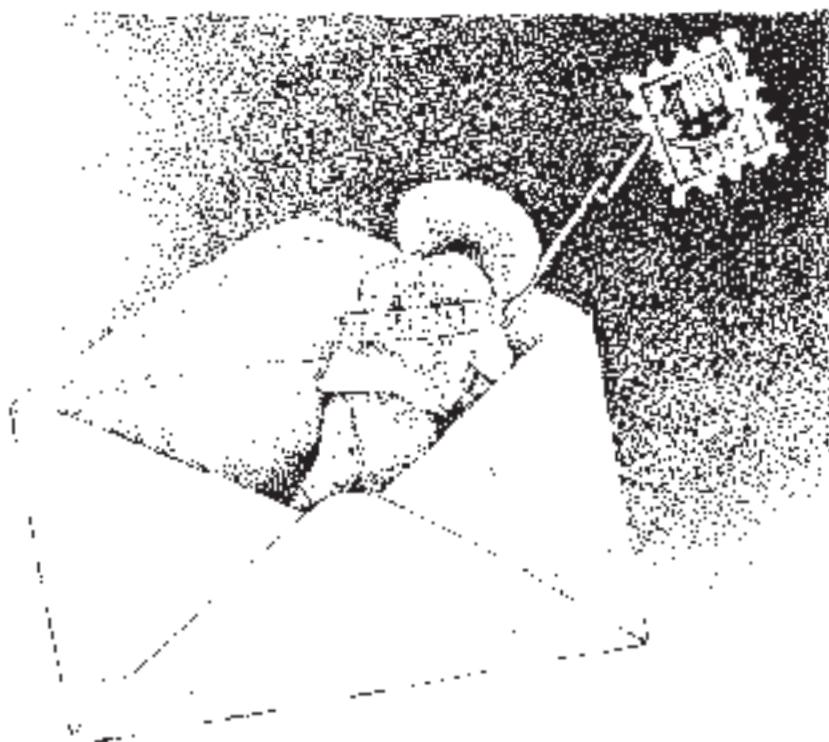
Aunque el ferrocarril del sur no entraba en ella, había varias escuelas en Se-

reth, la población en que nació Leib Katz y donde habitaban 1,300 familias, 500 de ellas judías. En cambio, cerca de 7,500 campesinos sin tierra carecían de toda posibilidad de instrucción. Al otro lado de la frontera, en Rumania, la mayor desgracia era "el problema campesino". A partir de 1860 los terratenientes despojaron de sus propiedades a los aldeanos, acumularon vastas extensiones de tierra y, al igual que en Bukovina, las alquilaban a largo plazo a comerciantes judíos que empleaban a los despojados como aparceros y peones. Los campesinos se rebelaron en 1888, 1889, 1894 y 1900.

Jacob Katz era ortodoxo, en Sereth se le consideraba un sabio ortodoxo. En su linaje había muchos rabinos y preparó a Lieb para serlo también. Pero en 1907, alrededor de la Pascua, los campesinos rumanos se volvieron a levantar. La revuelta superó a los movimientos del pasado y se dirigió primero contra sus arrendadores judíos y luego contra los grandes terratenientes. Lieb, quien a los quince años ya había estudiado la opresión egipcia y la liberación de los judíos, también se rebeló. Al otro lado de la frontera, un

joven cliente de su padre, y amigo de Lieb, figuraba entre los líderes de la revuelta local. A pesar de la estricta prohibición austriaca para viajar a Rumania durante la violencia, Lieb se escabulló a través de la frontera y una noche contempló a los campesinos en acción. Otra noche, oculto, vio a los soldados rumanos masacrar a los campesinos y asesinar a su amigo.

Lieb regresó a Sereth, leyó a los Profetas, en especial a Isaías, abandonó sus estudios rabínicos, se volvió socialista y siguió por correspondencia un curso académico vienés. En 1908 hubo otro tipo de revuelta en el cercano Czernowitz: la Primera Conferencia acerca del yiddish. Organizada desde Nueva York por Nathan Birnbaum y Chaim Zhitlowsky, respaldada por Mendele Mokher Sefarim y Sholem Aleichem, sostuvo el primer debate internacional interpartidario sobre el yiddish como "lengua nacional" del pueblo judío. La resolución de que sí lo era ratificó el empleo del yiddish por parte de los intelectuales judíos. Sholem Asch, I.L. Peretz y otros participantes en la conferencia, organizaron una campa-



² Para consultar una memoria reciente acerca de Bukovina, véase "Buried Homeland", de Aharón Appelfeld en *The New Yorker*, del 23 de noviembre de 1998, pp. 48-61.

ña en toda Bukovina para financiar estudios de lengua y literatura yiddish.

Lieb Katz se unió a este movimiento. En 1914 entró en la Universidad de Viena para estudiar historia e idiomas orientales antiguos, militó en la oposición socialista a la guerra mundial, ayudó a organizar el apoyo para la gran huelga de Viena en 1918, y se unió al partido comunista austriaco. En 1920, cuando el socialismo revolucionario ya había fracasado en Europa, obtuvo su doctorado con una tesis sobre *La situación de los judíos en la Alemania del siglo XIV* (cuando la Muerte Negra condujo al holocausto de los judíos), cambió su nombre por el de Leo y emprendió el viaje para seguir una nueva carrera como intelectual comunista judeo-austriaco.³

Su primera escala fue Chicago, 1920-1921, para ver a su hermana mayor y visitar la sede del socialismo revolucionario en los Estados Unidos. Segunda escala: Nueva York, 1922, para colaborar en el nuevo diario comunista yiddish *Freiheit*. Tercera escala: regreso a Viena, donde escribe para el periódico de su partido, *Die Rote Fabne*, y se casa en 1924 con una joven de la Galizia austriaca, nacida en Haszomer Hatzair. Ella también entró en el partido. Pasaron el año de 1926 en París. Volvieron a Viena y allí, en 1927, nació su hijo Friedrich. En 1930 los tres se fueron a Berlín donde, con su nuevo amigo David Bergelson, Leo Katz trabajó para el periódico alemán *Rote Fabne*. En 1933, en una oportuna huida de los nazis, trasladó a su familia a París. Allí se unió a la sección de judíos refugiados del partido comunista francés, editó el diario yiddish *Naie Presse*, y durante la guerra de España introdujo armas para el ejército republicano (algunas de ellas mediante tratos con la mafia neoyorquina). Por consiguiente fue deportado de Francia en 1938 y se mudó con su familia a Nueva York, en donde (para asombro de la mafia) de-

volvió al gobierno republicano en el exilio los fondos españoles que había en su cuenta.

Hizo amistad con Ernst Bloch y empezó a escribir cuentos a la manera de Sholem Aleichem acerca de los pueblos moldavos del fin de siglo, las revueltas campesinas y las aldeas en llamas. En 1940, cuando el gobierno norteamericano le negó la residencia por su filiación política, encontró asilo en la Ciudad de México a través del Comité Unido Antifascista para refugiados. Durante la guerra Leo Katz ayudó a organizar a los comunistas alemanes en México. Con Egon Erwin Kisch, Anna Seghers y otros amigos fundó la Comunidad Intelectual Antifascista, escribió para periódicos alemanes y austriacos en el exilio, dirigió *Tribuna israelita*, estableció una editorial para exiliados, y publicó una primera novela, en español y yiddish, titulada *Totenjaeger* (*Cazadores de muertos*), una de las primeras novelas sobre el Holocausto.

En la posguerra y aún sin salir de México, dio a conocer en la editorial Knopf de Nueva York una segunda novela en inglés, *Seedtime* (*Tiempo de sembrar*), acerca de la revuelta rumana de 1907. Obtuvo reseñas favorables en *The New Yorker*, *Saturday Review* y *The New Masses*, y una adversa en *Commentary*. En 1949 él y su esposa intentaron vivir en Israel pero regresaron a instalarse en Viena. De nuevo militó en el partido austriaco como director de su periódico *Volksstimme*, publicó libros infantiles y una tercera novela, todo esto en Berlín Oriental. Murió en 1954, apenas a los 62 años de edad, pero de todos modos diez o quince años mayor que los hermanos, hermanas y primos, suyos y de su esposa, asesinados por los nazis. Su cuarta novela apareció póstumamente en 1955, también en Berlín Oriental. La quinta, que trata de nuevo el tema de la rebelión rumana de 1907, se publicó en Viena en 1993.

Así pues, Friedrich Katz creció entre ires y venires, empapado de política marxista e historia, y escuchando sin tregua conversaciones sobre provincias, terratenientes, comerciantes, aldeas, artesanos, campesinos, guerra y revolución, todo es-

to antes de que su padre lo llevara, a los 13 años, al México revolucionario. Los relatos sobre Bukovina y Rumania hicieron que México le pareciese extrañamente familiar y fascinante. En su escuela, el Liceo Franco-Mexicano, sus maestros no enseñaban la historia de México, lo que sólo incrementó su embeleso con el tema. Katz se preguntó acerca de Rumania en 1907, los campesinos mexicanos y su revolución. En 1945, gracias a amigos que la familia tenía en Nueva York, asistió a Wagner College (entonces Wagner Memorial Lutheran) en Staten Island donde obtuvo (con su amigo Peter Berger y una gran cantidad de veteranos de guerra que pudieron cursar gratis sus estudios universitarios) un primer título en ciencias sociales.

Tras graduarse en 1948, regresó a México y entró en la Escuela Nacional de Antropología e Historia para estudiar el México antiguo bajo la dirección del eminente Ignacio Bernal, Wigberto Jiménez Moreno y Pablo Martínez del Río. Cuando sus padres retornaron a Viena, él volvió con ellos, se unió al partido e ingresó a la Universidad de Viena, *alma mater* de su padre, con objeto de estudiar antropología precolombina. En 1954, año de la muerte de Leo Katz, recibió su doctorado con una tesis acerca de *Las relaciones socioeconómicas de los aztecas en los siglos XV y XVI*.⁴

Sus ideas políticas le impidieron seguir una carrera académica en Austria. Por tanto, a semejanza de su padre, se rehusó a presentar la segunda tesis que en el mundo germánico se requiere para aspirar a un puesto de profesor. En vez de eso, en 1956 antiguas amistades de su familia lo llamaron a Berlín Oriental y aceptó una beca en Historia Moderna, la época de su padre, en la Universidad de Humboldt. Allí comenzó una tesis acerca de su propia Rumania: el México "moderno". El seminario sobre imperialismo que Walter Markov impartía en Leipzig influyó en él de manera especial. En 1962 obtuvo con una tesis sobre el imperialis-

3 Sobre Leo Katz, véase el prólogo de John H. Coatsworth en *Ensayos mexicanos* (México, 1994), pp. 9-16; "Nachwort" de Konstantin Kaiser en *Brennende Doerfer* de Leo Katz (Viena, 1993), pp. 6-7, 165-167; y *Biographisches Handbuch der deutschsprachigen Emigration nach 1933*, de Werner Roeder y Herbert A. Strauss, 3 vols. en 4 (Munich y Nueva York, 1980-1983), t. 1, p. 352.

4 Publicado dos años después como *Die sozialökonomischen Verhältnisse bei den Azteken im 15. Und 16. Jahrhundert* (Berlín Oriental, 1956).

mo alemán en México su otro doctorado y un cargo académico de tercer nivel en la Universidad de Humboldt. Al publicar su tesis, sin citar ni una sola vez a Walter Ulbricht, alcanzó la posición de profesor asociado.⁵

Mientras aún conservaba la nacionalidad austriaca, siguió muy de cerca en su partido al intelectual reformista Ernst Fischer y a su lugarteniente Franz Marek en su lucha por un “socialismo con rostro humano”. Para escapar a la creciente censura que afectaba los estudios de Historia Moderna retornó al periodo precolombino e hizo una comparación magistral entre las sociedades azteca, maya e inca.⁶ En 1968 estaba de regreso en México con su esposa e hijos, como profesor visitante en la UNAM, cuando los aliados del Pacto de Varsovia ocuparon Checoslovaquia. Desde el extranjero apoyó la denuncia que hicieron Fischer y Marek del *Panzerkommunismus*, el comunismo con tanques. Aquel otoño, presencié la matanza de Tlatelolco, un detestable ejemplo de *Panzerpriismo* en la Ciudad de México. Al año siguiente, en la Universidad de Humboldt, bajo estricta vigilancia y otra vez casi en calidad de refugiado, ayudó a sus estudiantes a encontrar nuevos tutores y se encargó de finiquitar todos sus asuntos.

En 1970 él y su familia abandonaron Europa. Se marchó a la Universidad de Texas como profesor visitante por espacio de un año. Entonces la peregrinación llegó a su fin. En 1971 la Universidad de Chicago le dio un puesto permanente. Tuvieron que pasar tres años angustiosos antes de que la Oficina de Inmigración le permitiera hacerse residente de los Estados Unidos.

Durante la turbulencia de 1968-1969, mientras proyectaba revisar su libro sobre el imperialismo en México para su traducción al inglés, Katz se propuso escribir un libro sobre Villa. En efecto, reivindicaría el tema que había fascinado a

su padre en 1907 —la revolución campesina—, y lo resolvió bajo sus propios términos en México. El libro sobre el imperialismo apareció en inglés en 1981. *La guerra secreta en México* transformó la historia moderna mexicana al integrarle la historia moderna internacional.⁷ Continuó sus lecturas sobre Villa y sobre las grandes revoluciones campesinas de este siglo. También sus reflexiones acerca de los viejos pero aún vívidos relatos sobre las complejidades rurales de Europa Oriental; los estafadores y las inversiones extranjeras; los contrabandistas y las líneas fronterizas; los gánsters y las guerras civiles; la ideología y la imaginación; los riesgos y los fracasos históricos, y la conciencia revolucionaria.

A los 70 años de edad Katz halló respuestas para sus preguntas. Con un entrenamiento académico y una herencia intelectual que ningún otro historiador del periodo revolucionario mexicano podría igualar en ninguna parte, su libro retrata de una manera singularmente interesante, balanceada, matizada y esclarecedora, el sentido de la revolución y el papel que Villa desempeñó en ella. Más que una biografía de Villa, el libro es una sabia desmistificación al estilo antiguo de su vida y sus tiempos. Mejor que ninguna otra, esta obra presenta en forma comprensible, incluso familiar, una revolución que los historiadores de otros campos (y Su Excelencia el Lector Común) antes tuvieron que leer como una exótica explosión.



EL TÍTULO EN INGLÉS DEL LIBRO, *The Life and Times of Pancho Villa*, resulta clave para entender la significación de Villa. Sólo sus “tiempos”, en suma la Revolución Mexicana, lo hacen digno de la atención histórica que ha recibido. Antes de 1910 y después de 1920 no hizo nada que pudiera atraer hacia él el interés de un historiador o de un ratón de biblioteca para leer acerca de él y no de algún otro personaje. Pero entre esas dos fechas, en la improvisa-

ción compulsiva, disparatada y violenta de un nuevo régimen en México, en la primera, y durante décadas la más radical y todavía la más turbulenta de las revoluciones modernas latinoamericanas, Villa organizó el mayor y más disciplinado de todos los ejércitos revolucionarios; quizá el ejército revolucionario más numeroso en la historia latinoamericana. En 1914 tenía al menos 40 mil elementos, acaso hasta 100 mil, y le brindó el mayor apoyo militar a la reforma agraria de Emiliano Zapata. Incluso cuando lo derrotaron evitó que los civiles conservadores tomaran el control de la revolución. En su tiempo y en su parte del mundo Villa realmente fue un hombre de gran significación.

De todas las grandes interrogantes que lo rodean, cuatro merecen atención aquí. Primera, la pregunta acerca de su persona, no patológica sino normal. Normal, digamos, para el norte de México a fines del siglo XIX y principios del XX. Nacido con el nombre de Doroteo Arango en 1878 en una hacienda del estado de Durango (al Sur de Chihuahua), hijo de un aparcerero, a los 16 años pudo —como alegó más tarde— haber herido por violar a su hermana al hacendado que arrendaba tierras a su familia, pero evidentemente no lo hizo. Para 1899 la policía estatal lo conocía, como a los otros jóvenes peones a los que arrestaban continuamente, sólo como un “bandido”, miembro de una pandilla pueblerina a la que pronto desarticularon.

En 1901 Arango sufrió su primer arresto. Se le acusó de robar dos burros y los bultos que cargaban. Salió libre por falta de pruebas. Arrestado de nuevo cuatro días después, se le acusó de asalto y de hurtar las armas de su víctima. Fue condenado a servir como soldado de leva en el ejército. Un año después desertó, huyó a Chihuahua, cambió su nombre por el de Francisco Villa y se dedicó al trabajo honesto, como albañil, carretonero para las grandes compañías mineras norteamericanas, administrador de un corral de gallos de pelea, contratista. Durante algún tiempo incluso tuvo su propia carnicería en la ciudad de Chihuahua, pero

⁵ *Deutschland, Díaz und die mexikanische Revolution: Die deutsche Politik in Mexiko 1870-1920* (Berlín Oriental, 1964).

⁶ *Vorkolumbischen Kulturen* (Berlín Oriental, 1969); en inglés, *The Ancient American Civilizations* (Londres, 1972).

⁷ *The Secret War in Mexico: Europe, the United States, and the Mexican Revolution* (Chicago, 1981).

el rastro de la ciudad pertenecía a la familia Terrazas, los más importantes hacendados de Chihuahua, que se encargaron de expulsarlo. De nuevo carretonero encargado de transportar la nómina de las compañías mineras, se cambió al respetable negocio local de hurtar ganado a los Terrazas. Sus patrones extranjeros lo consideraban un capataz honesto, inteligente, emprendedor, toco y firme, que trabajaba con ahínco y hacía que los hombres a su mando rindieran su máxima capacidad.

A mediados de 1910 la policía de Chihuahua giró una orden de aprehensión bajo el cargo de abigeato, pero no fueron tras él sino hasta el otoño, cuando Villa mató de un tiro a un espía policial. Como muchos otros norteños, tenía una magnífica puntería, detestaba a los grandes terratenientes y valoraba la lealtad. También como ellos, era dominante, protector de los suyos, un “no demócrata”, creía en la educación (que le faltaba), tenía mal carácter, galopaba con “la facilidad y la gracia de un vaquero”, despreciaba a los curas y era un vigoroso practicante de la poligamia. Sus únicas características anormales eran no beber ni fumar. Después, durante la revolución, demostró ser un excelente reclutador, organizador y logista. Era incorruptible y no tenía ambiciones políticas de ningún tipo.

La segunda pregunta gira en torno a la revolución que encabezó. Ésta nunca fue la Revolución Mexicana en pleno, una contienda que ningún individuo revolucionario lideró, sino únicamente la revolución en Chihuahua, lo que ya es mucho. La duda ya no categórica sino circunstancial se refiere a intereses provincianos, a la forma en la que se organizaron y a sus posibilidades.

Los orígenes de esta revolución de provincia yacen en la metamorfosis del oeste norteamericano que se llevó a cabo después de 1865. Gracias a ella Chihuahua (y no sólo este estado) pasó de ser una frontera remota a convertirse en

un empalme de monopolios capitalistas. En una fecha tan tardía como 1880, los pobladores aislados en “colonias militares” se alquilaban a cambio de tierras para combatir a los apaches, a los intrusos que ocupaban haciendas abandonadas y a los indios de las montañas. Podían hacer que su ganado pastara en el campo abierto, cultivar la tierra y fincar sus ranchos sin necesidad de pagarle nada a nadie. Pero en 1883 el Ferrocarril Central Mexicano tendió su línea para comunicar la capital con Ciudad Juárez. Al otro lado del río Bravo entroncaba con el ramal de la Southern Pacific que iba de Nueva Orleans a Los Ángeles.

En 1886 se rindieron los últimos apa-



ches. Para 1906 las compañías norteamericanas, británicas y alemanas de ferrocarril, madera, ganado y minería eran dueñas de la mitad de Chihuahua. El ex gobernador Luis Terrazas, el Cid de las viejas guerras apaches, poseía casi toda la tierra restante (y muchas otras cosas). Terrazas, el mexicano más rico de entonces, cercó sus propiedades con alambre de púas. Mientras tanto su yerno, gobernador del estado, asfixiaba a los últimos aldeanos con tierras, aumentaba impuestos a las nuevas clases medias y las despojaba de sus privilegios. (El clan Terrazas pudo haber dado cla-

ses a los Somoza.) Por consiguiente, la revolución que estalló en Chihuahua entre 1910 y 1911 resultó la más fuerte del país.

No fue “premoderna”. Villa, personaje secundario en aquella época, no se dedicó al “bandidaje social”. Un movimiento de campesinos, peones, trabajadores y personas de clase media unidas políticamente bajo la dirección de esta clase, puso en crisis al gobierno federal y fomentó levantamientos en otros estados. No fue una revolución radical: expulsó de Chihuahua a los anarquistas. Su triunfo significó mucho más que un mero cambio de guardia: incrementó los impuestos a los grandes terratenientes.

Subvertido por ellos, el movimiento se dividió en 1912 y se derrumbó en la contrarrevolución nacional de 1913.

En gran parte reunificado y militarmente organizado por Villa, este movimiento era la fuerza tras su confiscación de las propiedades de los Terrazas, tras su promesa de repartirlas al terminar la guerra y tras su alianza con la revolución zapatista en 1914. Este era un compromiso bien diferenciado y potencialmente trascendental. Si la División del Norte hubiera triunfado en todo el país en 1915, México habría tenido una reforma agraria en beneficio de los campesinos, en vez de una reforma políticamente manipulada que les llegó 20 años después. Un campesinado con tierras hubiera sido la base del nuevo régimen, no una creación final de éste.

Si, a pesar de la derrota militar nacional, la revolución en Chihuahua hubiera logrado sobrevivir, aunque sólo fuese allí, habría conseguido que los revolucionarios triunfantes le concedieran muchos más beneficios a los campesinos y a los obreros. Sin embargo, dada su estructura militar, no pudo sobrevivir a la derrota. (La revolución del sur sobrevivió gracias a que estaba organizada de otra manera.) El control norteamericano en Chihuahua fortaleció la antigua

necesidad de unidad popular; pero después de que los revolucionarios triunfantes se apoderaron del estado, las guerrillas villistas atacaron por igual a enemigos y neutrales. Los Terrazas recuperaron sus tierras.

La tercera pregunta se refiere a la División del Norte y ya no es narrativa (épica, horripilante o trágica) sino causativa. Ya no asume la inevitabilidad de su derrota ni pregunta “cómo”, sino reabre el prospecto contemporáneo de su victoria, para preguntar “por qué no”. Las fuerzas de Villa realmente pudieron haber ganado en 1915. Aunque conservaban elementos del “pueblo en armas” de Chihuahua –voluntarios civiles en misión revolucionaria–, en dos años de combate al mando de Villa, casi todos se habían convertido en un ejército profesional.

La División del Norte no sólo era el ejército más grande y disciplinado de México, también era el más poderoso en todas las armas de combate: infantería, caballería, artillería y en todo lo referente a logística, ingeniería, hospitales de sangre y *esprit de corps*. Parecía invencible. No necesitaba a sus aliados del sur, a los zapatistas originales, para derrotar a la principal fuerza de su archirrival Carranza: varias unidades del noreste y del noroeste replegadas en desorden desde la Ciudad de México hasta Veracruz.

Forjado en la ofensiva y para la ofensiva, el ejército de Villa debió de haber perseguido a su enemigo hasta Veracruz. Pero en una serie de crasos errores estratégicos, y contra todos los consejos de los militares profesionales, Villa retiró al norte de la Ciudad de México a su División, lanzó ofensivas al oeste y al noreste, y permitió que las fuerzas de su archirrival se reorganizaran, se rearmaran y se materializaran en la vía ferroviaria entre él y la Ciudad de México. Después, en cuatro batallas libradas cada vez más y más al norte de esta vía, Villa volvió a cometer los mismos fatales errores tácticos. En suma, no fue la debilidad de la División del Norte, sino la obstinada arrogancia de Villa lo que arruinó la mejor oportunidad de México para tener una revolución campesina.

Por último, vale la pena subrayar el tema de los intereses extranjeros y Pancho Villa. Alguna vez asunto de cultura, es ahora tema de cálculo. Entre los poderes y los negocios extranjeros interesados en México, los Estados Unidos y las compañías norteamericanas eran las de mayor importancia, en especial en Chihuahua. También compañías alemanas y británicas tenían injerencia en el norte. Los revolucionarios de Chihuahua, primero en 1910 y 1911, y después bajo las órdenes de Villa de 1913 a 1915, fueron el infierno para los tenderos chinos y trataron con dureza a los comerciantes españoles. En cambio actuaban con sumo respeto ante los intereses norteamericanos, alemanes y británicos (a excepción de dos desafortunadas firmas inglesas).

Villa requería de acceso a El Paso para vender el ganado que confiscaba a los Terrazas y para comprar armas y municiones norteamericanas. Necesitaba a las grandes compañías extranjeras de minas por los salarios y los impuestos que pagaban. A cambio les prometió que los obreros de la International Workers of the World no entrarían en su dominio. Las compañías aspiraban a que Villa fuera el próximo “hombre fuerte” del país. El Departamento de Estado agradecía su consideración para con las propiedades norteamericanas. En diciembre de 1913 el presidente Wilson pensó que Villa podía ser “el único instrumento de civilización en México”. Cuando los Estados Unidos intervinieron en Veracruz en 1914, Villa le aseguró a Wilson que él no compartía con otros revolucionarios las objeciones al desembarco norteamericano. El Departamento de Estado le asignó dos agentes especiales (tan corruptos como era posible) para persuadirlo de que, a cambio de ciertas concesiones, Wilson estaría dispuesto a reconocerlo como nuevo presidente de México. Sin embargo, con una cautela aún mayor tras el inicio de la guerra en Europa, Wilson le redujo el apoyo y favoreció a su archirrival Carranza para neutralizar a ambos y poner a un títere en la presidencia. Villa se retiró al darse cuenta de que los Es-

tados Unidos querían hacer de México un protectorado.

Antes de las fatídicas batallas de 1915, un agente norteamericano le preguntó que cómo alentaría “el capital extranjero...para desarrollar el país”. Villa respondió que los extranjeros no debían poseer tierras en México y que las industrias del país debían desarrollarse con capital mexicano. El reconocimiento otorgado a su archirrival por los norteamericanos lo convenció de que Carranza acababa de aceptar en secreto el protectorado que Villa rechazó. (No fue así.)

Por este motivo atacó a Columbus para provocar un enfrentamiento capaz de derrocar al gobierno carrancista que él erróneamente consideró traidor. Después de que Pershing fracasó en el intento de capturar a Villa, las compañías norteamericanas y los pillos del Departamento de Estado trataron de comprarlo. Si Villa podía comprobar que no había estado en Columbus, el corrupto jefe de la Division of Latin American Affairs le propuso que se retirara (al parecer con un salario norteamericano) “a las inmediaciones de Hagerstown en Maryland para vivir una vida callada y apacible”.

Pero Villa jamás cejó en su hostilidad, no hacia los norteamericanos sino hacia el gobierno de los Estados Unidos. Entre un ataque y otro, visitó un campamento de mineros norteamericanos montado en una mula a la que llamaba “Presidente Wilson”. Como afirmó, quería “hacerle cosquillas a Wilson (el que está en la Casa Blanca)” por la manera en que trataba a México.

En 1920 el nuevo gobierno mexicano hizo las paces con Villa y retiró al general y a sus últimos guerrilleros a una hacienda en Chihuahua. Pero Villa no podía borrar su fama de rebelde antinorteamericano. “Con toda probabilidad”, juzga Katz, “el asesinato de Villa (en 1923) fue resultado en gran medida del deseo del gobierno mexicano de recibir el reconocimiento de los Estados Unidos...” –

Cambridge, Massachusetts, enero 20, 1999.

– Traducción de Laura Emilia Pacheco

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

Eminentes plagiarios

José Manuel Prieto, *Enciclopedia de una vida en Rusia*, CNCA, México, 1998, 199 pp.

Gloria Méndez, *El informe Kristeva*, Seix Barral, Barcelona, 1998, 191 pp.

Gonzalo Vélez, *...perforaciones...*, Joaquín Mortiz, México, 1998, 296 pp.

Mario González Suárez, *De la infancia*, Tusquets Editores, México, 1998, 173 pp.

Juan José Rodríguez, *El gran invento de siglo xx*, Joaquín Mortiz, México, 1998, 265 pp.

Una enciclopedia rusa

LOS SOVIÉTICOS, DIBUJADOS POCO antes de dejar de serlo, parecerían haber sido una nación fantástica, digna de Swift, de Butler o de Grandville. Ese viaje por el mundo al revés es la tarea emprendida por José Manuel Prieto en su *Enciclopedia de una vida en Rusia*. La novela es obra de un pasajero en tránsito por la URSS, que la observa con el moralismo clásico del inventor de utopías o distopías. A Prieto (La Habana, 1962) ya no le interesa la calificación de un horror histórico, sino la descomposición alfabética, a la manera del *Diccionario jázaro*, de Pavíç, de una civilización perdida. El romance entre Thelonus Monk y Linda Evangelista, protagonistas de esta *Enciclopedia...* nos ofrece un léxico para entender esas extrañas costumbres soviéticas: Acquea Regia, Babionski, Bogatir, Dachas, Nierus, Pseudo-Dimitrius, Yalta. Una traducción aproximada nos llevará por los caminos del vodka y de la literatura estatal, de los bárbaros no soviéticos, de las gestas colosales del socialismo, las mujeres tan bellas o el arte gogoliano de la impostura. Entre Moscú y San Petesburgo asistimos a un amorío santificado por un dandismo que logra con eficacia sondear la tragedia mediante la frivolidad.

El entusiasmo que suscitó el IMPERIO poco antes de su caída, fue la sonrisa

nerviosa, la postrera esperanza del perseguido que, acorralado al borde del abismo y a punto de ser devorado por el monstruo, lo ve detenerse en seco, sorprendido por el vuelo de una mariposa. Visión que aplaca el furor de su mirada, la piel azul de su morro informe plegada en una mueca humana [...]. A la mañana siguiente, cuando encendimos el televisor, nos enteramos de la CAÍDA DEL IMPERIO. No experimenté emoción alguna. Sólo que Mijaíl Sergueievich, el último emperador, nos envió un mensaje lleno de significado. Es, sin duda, un dato de interés general. Lo menciono aquí para que pase a la historia: el último emperador se reunió con un grupo de rock (uno pésimo, The Scorpions) horas antes de que leyera su dimisión en televisión. Un gesto muy inteligente de su parte, sin duda. En esencia, éste había sido un tiempo tan viejo como cualquier otro.

A esta novela sólo le reprocharía esa necesidad un tanto insular de arrollar al lector con la vastísima cultura del novelista. Cuando se tiene ingenio, la erudición es frecuentemente un fardo. José Manuel Prieto nació en el Año de la Crisis de los Misiles. Es un escritor que confiesa "haber vivido largos inviernos en el corazón de Rusia como Bowles en Tánger, la nieve inhóspita y la desesperación secular de las ruinas". Su *Enciclopedia de una vida en Rusia* acaso sea la primera novela soviética escrita para el siglo XXI en nuestra lengua.

El informe Kristeva

GLORIA MÉNDEZ (EL FERROL, ESPAÑA, 1969) vive en México, como José Manuel Prieto. Esa coincidencia vuelve a probar que es una necesidad decimonónica seguir

hablando, a estas alturas, de literaturas nacionales. En *El informe Kristeva*, la novelista española se inspira en un método análogo al de Prieto: reconstruir, a través de la fragmentación, una civilización imaginaria. Las tribus montañosas de Gloria Méndez están situadas cerca del Paquistán y fueron descubiertas por la improbable Anna Kristeva (1908-1943). Se trata de los moi, los acosha y los marabí.

Quizá la homonimia entre la horripilante psicoanalista y semióloga búlgara y la heroína de Méndez sea una burla juguetona, pues *El informe Kristeva* es una novela presentada a través de la deconstrucción académica, misma que ofrecerá una relación de 20 artículos, firmados por autores de toda laya, que examina el legado de Ana Kristeva como antropóloga acusada de simulación y escritora sujeta al escrutinio científico, como dibujante fallida y amante torturada, y en fin, habitante de una tumba olvidada en Praga. Me interesa esta novela por lo que tiene de averiguación de las maneras en que se construye la fama póstuma, esa invención incesante de personajes históricos llamados irrevocablemente a suplir el aparente vacío del presente. El rompecabezas sirve para rastrear la génesis de un fracaso y su conversión en éxito postrero, espectáculo diario de la cultura occidental. Gloria Méndez siente ternura, pero no conmiseración por su heroína.

Pero la intención novelesca es más brillante que su resultado. El prólogo donde se narran los relatos primordiales de los moi, los acosha y los marabí, es ingenioso, aburrido y peca de una corrección política *progre* que contradice la oscura epopeya de Ana Kristeva, que Gloria Méndez dejó en calidad de obra abierta. Yo habría preferido que ella nos ofreciera la última pieza. Hay que atreverse a condenar a nuestras creaturas.

Ni plagio ni tradición

...PERFORACIONES... DE GONZALO VÉLEZ (Ciudad de México, 1964) es una imitación, sin ninguna gracia, de la poderosísima prosa del novelista austríaco Thomas Bernhard, basada en un continuo poético de repetición compulsiva. Vélez describe, si entiendo bien, la obsesión de un idiota mexicano, “pintor para variar”, en Viena por recuperar el Penacho de Moctezuma, con una cantinela repetida, adrede, durante la fatigosa novela:

ahora lo único que requiero es sobrevivir en el sistema, sobrevivir el sistema: dar la cara o persona que convenga, la Libertad es una cuestión interior, la Revolución es siempre personal...

Tan difícil es narrar la vida de los idiotas que sólo hasta la aparición de la literatura rusa la misión se cumplió con genio. Supongo que la intención de Vélez era satirizar, mediante la paráfrasis de Bernhard, el llamado síndrome de Chac-Mool, esa obsesión de la cultura mexicana por encontrar en las antigüedades prehispánicas una justificación neorromántica y apocalíptica del destino nacional. Muy a pesar de mi simpatía por desenmascarar esa persuasiva idiotez, creo que Gonzalo Vélez fracasó.

La imitación como poética me parece un razonable remedio clasicista contra los excesos de la mentira romántica. Pero sería más indulgente con Gonzalo Vélez de no haber leído, por azar, *El asco* (1997), del escritor salvadoreño Horacio Castellanos Moya (1957), una creíble y perturbadora imitación de la glosolalia bernhartiana situada en El Salvador al finalizar la guerra civil. ¿Por qué Castellanos Moya lo logró y Gonzalo Vélez no? No sólo su estudio de la retórica de Bernhard fue más exhaustivo: el salvadoreño se sirvió de la

imitación para decir cosas que de otra manera hubiera callado, mientras que Vélez se limitó a un ejercicio de formalismo desprovisto por completo de intensidad novelesca. Y Castellanos Moya no tuvo empacho en decir, en la primera página de su breve libro, que no se había propuesto otra cosa que arremedar al gran narrador austríaco. Todo lo que no es tradición, es plagio, dicen los viejos de la comarca...perforaciones... no es ni una ni otra cosa.

Otra infancia

SIN OTRO SOPORTE QUE UNA PROSA CASI intachable, Mario González Suárez (Ciudad de México, 1964) logra con *De la infancia* una novela corta de *desformación* —para seguir parafraseando a Bernhard— que se contará en una tradición que incluye —para hablar sólo de mexicanos— a José Martínez Sotomayor, a Jorge López Páez o a Carmen Boullousa. La trama es simple: las mudanzas físicas y espirituales de una familia atribulada por el terror del padre. Como ellos, González Suárez cree en la infancia como en la tierra primordial del escritor. Sin respiro en una atmósfera turbia y comprometido, contra la sensiblería, con la noción de la infancia como tiempo de la crueldad, el narrador logra ensombrecernos durante la hora y media que dura la lectura



de *De la infancia*. No es ésta, como dicen sus editores, una novela fantástica. Como en algunas secuencias de Bergman, aquí no es necesario violar la naturalidad del mundo para empañarlo del horror numinoso. Esa sensación no es obra de la imaginación de González Suárez, que dista de ser sobresaliente, sino del cuidado que pone en la prosa como única forma de recuperar, valga el tópico, el tiempo perdido. Esa fijación en los detalles domésticos, lúdicos y eróticos produce que un modismo infantil, como *mieditis*, adquiere

una legitimidad literaria que yo no habría sospechado. Y cuando Francisco, convertido en un aprendiz de criminal, alcanza a escapar en bicicleta del Mal, comprendemos que la *desformación* ha concluido victoriosamente.

El pequeño gran estilo

EN SU HERMOSA APOLOGÍA DE SALGARI, el crítico italiano Claudio Magris afirma que gracias al ejercicio de un “pequeño gran estilo”, ese novelista pudo transmitirnos a los lectores adolescentes el sentido de la totalidad, aunque ésta resultase ingenua y elemental. Esta es la esencia de *El gran invento del siglo XX*, de Juan José Rodríguez (Mazatlán, 1970), la novela mexicana más inesperada que leí durante 1998. Estamos ante una narración deliciosamente tradicional, una miniatura china hallada en los arcones de la abuela.

Juan José Rodríguez cuenta una historia propia del arsenal ya mal pertrechado del realismo mágico: la llegada rocambolesca del primer cinematógrafo a Mazatlán, a fines del siglo XIX. Pero una minuciosa y alegre delectación galdosiana permite a Rodríguez la realización de ese milagro de la trama perfecta, indiferente al ruido del mundo, funcionando a plenitud sin otro objetivo que el cumplimiento de su destino. Y por si fuera poco, la economía de medios impide que Rodríguez incurra en el riesgo propio del género, desechando toda consideración naturalista que torne farragosa su historia. Sin ningún didacticismo, hasta se permite la licencia poética, como cuando una libreta de crédito, deshojada por el viento, se convierte en una paloma a punto de elevarse.

El gran invento del siglo XX encarna la crónica, recordada durante todas las mil y una noches de la literatura, del orto y del ocaso de un aventurero. No quisiera delatar a don Santiago Bordel, a quien su autor da por muerto a la mitad de la novela. Y cuando creemos que Juan José Rodríguez arruinó su novela resulta que sólo nos ha engañado. Elemental e ingenua, esta novela de aventuras es un pequeño homenaje a la totalidad artística. —

FEDERICO CAMPBELL

La novela de la conspiración

Élmer Mendoza, *Un asesino solitario*, Tusquets, México, 1999.

MÁS QUE UN TEMA, LA CONSPIRACIÓN es un dispositivo narrativo: la tensión del conflicto, un contexto. Es lo que mantiene todas las cuerdas estiradas, y si estas cuerdas son de tripa de gato, mucho mejor, carnal. Y no es que las vayas a tocar, como si estuvieran restiradas en un violín: no. Son los amarres que pones para que la novela quede bien temperada, desde la primera hasta la última página. ¿Ves? La tensión. Como cuando llegas a una cantina de Culiacán y está alguien, un bato que no te cae bien, ni tú a él, y está con una morra que anduvo contigo, ¿sí me entiendes?, y allí está. Un ambiente de tensión: *a mexican standoff*, un estancamiento, un punto muerto, una situación de jaque en el tablero. Como dos machetes enfrentados, la *détente*, una guerra fría, cada quien de un lado. A ver quién dispara primero.

Lo que los karatecas hacen es respirar. Se calman, se concentran y hacen un ejercicio de respiración para bajar el miedo, sin que los otros batos se den cuenta. Se calma. Baja los brazos. Mantiene fija y serena la mirada, por si hay desmadre, como hace Macías, el sicario, el malandrín, el yo narrador de *Un asesino solitario*, de Élmer Mendoza. “Barrientos, carnal, ¿te acuerdas de Luis Eduardo Barrientos Ureta? ¿Aquel candidato chilo a la presidencia? Ah, pues me contrataron para bajarlo. Todo empezó así...”

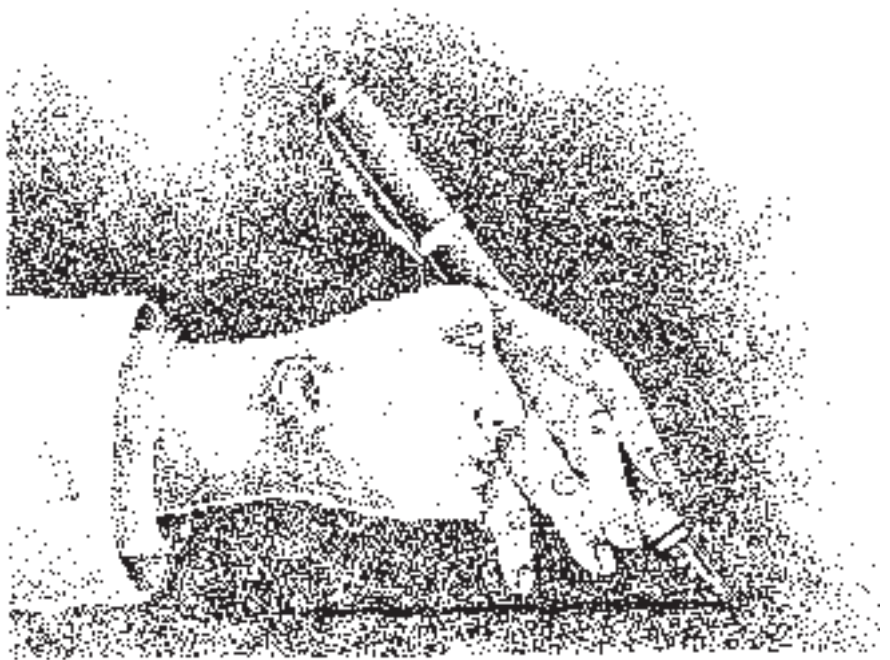
Élmer Mendoza (Culiacán, 1949) había estado entrenándose para esta novela con sus cuentos de *Trancapalanca* y *Buenos muchachos* y la escribe en sinaloense, la construye sobre y desde el lengua-

je, que es donde reside el alma de los protagonistas, como el habla trasmutada de este sicario, este bato al que lo alborotan con un jale: el asesinato del candidato del PRI en Culiacán, el 23 de marzo por la mañana, el mismo día en que efectivamente lo clavan en Tijuana por la tarde. Macías a eso se dedica. Ha tenido una juventud más o menos bien aprovechada como porro (estuvo el 10 de junio de 1971 en San Cosme), gatillero del gobierno y *freelance* en otros ambientes judiciales. Hace cuentas. Es muchísima lana, quinientos mil dólares. Oye, pues ¿a quién hay que matar? ¿Al Papa?

No se la acaba de acabar, acá, muy felón, al cabo no va a tener billetes el bato, mientras sopesa su escuadra Pietro Beretta. Su discurrir va abonando el monólogo interior del sicario (“lo que se vaya a cocer que se vaya remojando, alégame al ampáyer, no cabe duda de que

ustedes están en el paraíso, a mí la pura me pone bien loco, es de la que le decomisamos a una colombiana en el aeropuerto”), tal y como habla un joven treintón de Badiraguato o de Los Mochis o de Guasave o de Culiacán: sus valores, su moral, su visión del mundo y de la vida, joven como todos los asesinos de políticos (Gaurilo Princip, el de Sarajevo, que tenía 19 años; Aburto, 23; Oswald, 24; Aguilar Treviño, 29). Son chavos, muy aventados. Unos, politizados; otros, no: quieren una lana. Los de inspiración anarquista quieren poner una idea en circulación, como los terroristas de hace cien años en Rusia, incitar al viejo topo de Bakunin a fin de que prosiga su tarea subterránea y reaparezca para administrar la justicia.

De modo subyacente se despliega el tema de la confabulación: varios individuos entran en contacto para planear un crimen. Es una cadena. El último eslabón, el que va a tronar el cohete, no sabe quién está al principio y allá arriba de la cadena. A él le van transmitiendo la orden y él la ejecuta, por una lana. Así es mejor. Si es profesional, si no conoce al objetivo, no le va a temblar la mano, como no le tiembla al cirujano que abre el tórax de un ser humano necesariamente desconocido.



La conspiración es el teatro mismo, el escenario del crimen. Las tragedias históricas de Shakespeare, sobre todo *Julio César*, *Macbeth* y *Ricardo III*, incluso *Hamlet*, están impregnadas por la conspiración, que tiene un rostro monstruoso. El nervio de la trama se tensa en la maquinación, en los preparativos del crimen, en el reclutamiento de los sicarios. La tensión está en la espera de lo que está a punto de desencadenarse, en una situación límite, y no se procede de otra manera en los clásicos del género: en *Los endemoniados*, de Dostoievski, *El agente secreto*, de Conrad, *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder, *El día del Chacal*, de Frederick Forsyth. Todo está poseído por el pensamiento sobre el crimen y el miedo, el horror, el horror, el horror, que va dando la pauta para el establecimiento de una atmósfera, como puede percibirse en *El contexto*, de Leonardo Sciascia: un contexto, un ambiente, el de la inminencia de un golpe de Estado (como el que se fraguaba en Italia en 1972) y los efectos destabilizadores de la “estrategia de la tensión”.

La conspiración es “una historia oscura y confusa”, dice H. M. Enzensberger. “Se desarrolla en el sotobosque de la historia, en la selva de la ilegalidad. Sus escenarios son sótanos y fortalezas, cárceles y salones, lúgubres buhardillas, miserables albergues.”

El *tempo* narrativo no es menos importante, sobre todo si lo que se está contando es la historia de *Un asesino solitario*, cuyo frenesí de acecho se exagera mientras se aproxima el momento de la acción. Un contexto, una época, una mentalidad criminal, como la del México finisecular, aparecen quizá por primera vez en nuestra narrativa en esta astuta narración rápida y electrificante de Élmer Mendoza, quien no quiso leer libros sobre el asesinato de Colosio, ni revistas ni periódicos. Prefirió mejor irse por la libre carretera imaginativa de la página en blanco. Era demasiada realidad la que le estorbaba y le atrofiaba la pura invención literaria. Tuvo que meterse sin miedo al túnel infernal y paradisiaco de la creación. Como si fuera el túnel del sueño. —

JUAN JOSÉ REYES

Memorias del juglar

Orso Arreola, *El último juglar/Memorias de Juan José Arreola*, Diana, México, 1998, 422 pp.

“Consígase novia, yo le pongo la casa”, decía el rótulo de la primera casa que habitó Juan José Arreola en la Ciudad de México. Es la primera estación de un viaje largo, del que no podía haber retorno, y aquel letrado sería la divisa de un destino. Arreola viaja a la capital desde Zapotlán para descubrir el mundo y sobre todo para cumplir un papel, para ser un personaje de una obra en cuya factura él contribuiría. Acudía Arreola a la capital a estudiar teatro, con la presencia y la ductilidad de un buen actor y la suerte de un principiante: en el pequeño México de finales de los años treinta no fue difícil dar con los mejores maestros: Fernando Wagner, Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia. Estaban los guías, estaban los compañeros, las representaciones de obras de actualidad, pero faltaba el verdadero protagonista. Con él es con quien importa dar, y él está a la mano, perceptible sin mediaciones, frente al espejo. Se trata de un personaje contradictorio, de claroscuros, tenazmente egoísta, extraordinariamente dotado para jugar el papel de su vida, para ponerse en el centro de un escenario que no siempre será propicio para el despliegue de la alegría. El joven Arreola no tarda en descubrir el peso de aquella revelación: conseguir novia, alcanzar una real entidad, luchar entre los contrarios: la reafirmación y el desamparo.

Por aquellos años Arreola llevó un diario que rescata en este libro hecho al alimón con su hijo Orso. Es la parte más viva de estas *memorias*, la zona de la búsqueda, el escenario del verdadero drama en donde el personaje asume la necesidad de que despunte todo su inocultable narcisismo, que por entonces era lo que se presentaba ante el héroe con mayor seguridad.

La tentación de Narciso lucha con la certeza de la propia impotencia, como unos años después el deseo erótico que se presenta ya desembozadamente deberá enfrentarse al sentimiento del pecado. “En ocasiones me trato”, dice Arreola, “con un desprecio feroz, otras veces me enaltezo y me perdono.” En mucho el asunto consistía en conseguir novia: Arreola fue un galán empecinado, que no fingía porque todo en él estaría tocado por lo teatral, un galán dispuesto al sufrimiento y al gozo, que proceden de un solo motor que propulsa al héroe al encuentro de la heroína como una actividad redentora. Conseguir la novia no resultaría sencillo. Con todo y sus fallas, su desbordada teatralidad, el diario logra reflejar las zozobras y las alegrías de un personaje verosímil no sólo porque se mueve entre personas que vivieron o aún viven, sino porque de por sí tiene vida. Lo que no la tiene, o la posee muy escasamente, es el resto de lo que se relata. Arreola ya se ha ganado a sí mismo, ha asumido su pasado, la incurabilidad de su neurosis y, desde luego, su riqueza como escritor, editor y maestro. Son los años del asentamiento y la madurez, cuando el actor descubre que el escenario no se limita a las dimensiones de una sala teatral. El propio erotismo se despliega de un modo más seguro, de mayor estabilidad. Arreola casará con Sara, con la que vivirá (con algunos paréntesis mediante) hasta la fecha, consolidará viejas amistades (la larga y fecunda que ha sostenido con Antonio Alatorre), será un viajero azorado, conocerá a todo el medio literario mexicano, afinará sus filias (el ajedrez, las letras rusas y las francesas), se indigestará con fobias gratuitas en medio de amistades distantes (el caso, que resulta cómico, de su relación con Octavio Paz). Los escenarios teatrales han dejado lugar al gran personaje que no ha cesado de ir en busca de su imagen en el espejo. —

DAVID HUERTA

Disparos en el Báltico

Victor Serge, *El caso Tuláyev*, Ediciones El Equilibrista, México, 1993.

1. *El fantasma de Kirov*

EL ASESINATO DE SERGUEI MIRÓNOVICH KIROV en las oficinas de Leningrado del Partido Comunista de la Unión Soviética, el 1 de diciembre de 1934, nunca fue aclarado de modo convincente. Aun así, o quizá gracias a ello, le sirvió a José Stalin para desencadenar el proceso de exterminio sistemático —ejecución, exilio interior, exilio exterior, diferentes tipos de confinamientos— de los viejos militantes de la guardia bolchevique. Las purgas o Procesos de Moscú constituyeron el punto culminante del irresistible ascenso del líder georgiano rumbo a la dictadura personal. Fueron el escalón decisivo que condujo al culto soviético y mundial, en su investidura semidivina como Padre de los Pueblos, del sucesor de Lenin.

Al margen de los tres juicios públicos (1936, 1937 y 1938), Stalin armó juicios a puerta cerrada. Las víctimas fueron los principales generales y altos oficiales del Ejército Rojo. A sus ejecuciones se debe, entre otras cosas, que la Luftwaffe haya destruido en tierra, antes siquiera de que pudiesen prepararse para despegar, una porción importante —probablemente dos tercios— de la fuerza aérea soviética. El pobre desempeño militar de las divisiones a las órdenes de José Stalin en los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial se debió a la ausencia de comandantes capaces: éstos habían sido exterminados a raíz de aquel asesinato de 1934. No es ninguna exageración afirmar que el desarrollo de la guerra en territorio soviético, a partir de 1941, estuvo determinado por el

heroísmo de los soldados del Ejército Rojo; de ningún modo por la “lucidez visionaria” del estratega Stalin, culpable y responsable directo del desastre inicial.

2. *Un oscuro asesino*

Serguei M. Kirov, jefe del Partido en Leningrado, uno de los principales lugartenientes de Stalin, acaso su Delfín, fue ultimado a tiros, en el corazón comunista del Báltico, por un tal Nikolaiev, oscuro *lumpenproletario* de 30 años de edad. Enterado Stalin por teléfono, emitió en las horas siguientes un decreto donde establecía la inmediata aplicación de la pena de muerte, sin posibilidad de perdón, en actos de terrorismo como el asesinato de Kirov. El sobrino del dictador, Vladimir Aliluyev, afirma que nunca se vio a su tío en tal estado de alteración como cuando se enteró de aquella muerte: en el XVII Congreso del Partido, en febrero de 1934, Kirov había sido ovacionado por su política relativamente conciliadora y, según su sobrino, a Stalin “le preocupaba” que se relacionara el crimen con su nombre.

Nikolaiev fue llevado a la presencia de Stalin. Cayó de rodillas y confesó que había actuado “bajo órdenes y en nombre del Partido”. Las turbias relaciones del asesino Nikolaiev con la NKVD fueron investigadas y revelaron la errática conducta de ese hombre: expulsado del Partido, aparentemente había sido entrenado en prácticas de tiro por la NKVD y comisionado para el magnicidio. Nikolaiev dejó incluso *testimonio escrito* de todo eso: “Ahora estoy listo para lo que sea. Odio a Kirov.” El guardaespaldas de Kirov fue muerto a golpes por agentes de Yagoda (cabeza de la NKVD en los años treinta y

posteriormente víctima de las purgas) al día siguiente del crimen; estos agentes fueron enviados después a los campos de trabajos forzados, donde murieron... Alexander Orlov, antiguo miembro de la NKVD, recuerda que en esos días sus camaradas le decían: “Todo el asunto es tan peligroso que lo más sano es no saber demasiado.”

3. *El Delfín y la novela*

En 1932, Serguei M. Kirov se opuso, con éxito, a la voluntad de Stalin de ejecutar a Martemyan Riutin, viejo bolchevique y opositor decidido a las políticas cada día más violentamente represivas del dictador. Se conjetura que Riutin y su grupo consideraron seriamente la posibilidad del magnicidio para liberar a la Unión Soviética del yugo de Stalin. Aprehendido y juzgado junto con sus colegas conspiradores, Riutin fue sentenciado por fin al exilio interior, lejos de Moscú. El Caso Riutin fue la primera chispa de los acontecimientos de los años treinta en la Unión Soviética.

Después de la muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953, el sucesor del dictador, Nikita Jruchov, ordenó en 1956 una investigación a fondo acerca del asesinato de Kirov. Pero cuando leyó los informes de la comisión —refiere Roy Medvedev— se limitó a decir: “Mientras exista el imperialismo en el mundo, no seremos capaces de publicar este documento.” En julio de 1989, sin embargo, la revista soviética *Ogonyok* publicó un extracto de las memorias de Jruchov en las que afirmaba lo siguiente acerca del Caso Kirov: “Este asesinato fue organizado desde arriba. Considero que fue organizado por Yagoda, que sólo pudo actuar por instruc-

ciones secretas de Stalin, recibidas, como se dice, cara a cara.”

El escritor Victor Serge recreó el Caso Kirov en la novela titulada *El caso Tuláyev*, que apareció en 1993 en México dentro de la colección Las Islas Afortunadas—animada por Álvaro Mutis—en las Ediciones del Equilibrista. Yo hice esa traducción, que concluí en la ciudad de Santo Domingo en el primer semestre de 1992. Por ahí, por esa misma ciudad de la antigua Española, había pasado Serge en compañía de su hijo Vladimir Kibalchich—el futuro pintor Vlady—en una peregrinación desde Orenburgo (el exilio interior al que lo había condenado Stalin) hasta la Ciudad de México, donde murió en 1947, a los 57 años de edad. Ironías de los nómadas políticos intransigentes como Serge: la penúltima etapa de su errancia por el mundo fue una isla dominada con mano de hierro por otro dictador, el Tigre Rafael Leónidas Trujillo.

Desde una trinchera diferente, Arthur Koestler noveló algunos episodios de los Procesos de Moscú en las espeluncas policíacas del régimen soviético: los calabozos de la Lubianka al mando de Yagoda y más tarde administrados por el siniestro Lavrenti Beria.

4. Anticomunismo y socialismo

La novela de Koestler, *Darkness at Noon* (1940; en español, *El cero y el infinito*), tuvo más resonancia que la de Victor Serge. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que Victor Serge siguió siendo hasta su muerte un socialista convencido y Koestler, en cambio, se subió a la cresta del anticomunismo militante, en otra clase de viaje ideológico que él mismo describió en su autobiografía (publicada en español, en cinco tomitos, con el sello de Alianza Editorial), por lo demás una lectura fascinante.

Arthur Koestler—sobre cuya conducta personal ha habido hace poco un escándalo mayúsculo: al parecer era un violador contumaz—se convirtió al paso de los años, en compañía de Alexander Solzenitzin y Arthur London, entre mu-

chos otros, en un abanderado notable de ese anticomunismo que tuvo tantas caras o facetas como pueda imaginarse, debido a la fragmentación de la izquierda mundial: desde los “renegados” como Koestler y London—la palabra “renegado”, de origen estalinista, equivalía a “traidor”—, hasta los legítimos herederos de la mejor tradición socialista, como el propio Victor Serge, no anticomunistas sino antiestalinistas.

5. Las máquinas: transparencia y tinieblas

En uno de los pasajes de *El caso Tuláyev*, un personaje discurre sobre el presente y el futuro del socialismo, así como acerca de aquello que el escritor italiano Leonardo Sciascia denomina “el engranaje” y otros llaman sencillamente el Sistema:

—La máquina—dijo Filatov— debe funcionar irreprochablemente. Que aplaste a los que se atraviesan en el camino es inhumano, pero esa es la ley universal. El obrero debe conocer las entrañas de la máquina. En el futuro habrá máquinas luminosas y transparentes que la mirada del hombre atravesará de un lado a otro. Eso será la inocencia de las máquinas, semejante a la inocencia del cielo. La ley humana será pura como la ley de la astrofísica. Nadie será entonces aplastado. Nadie tendrá ya necesidad de piedad. Pero ahora, camarada Romáshkin, hace falta la piedad todavía. Las máquinas están llenas de tinieblas; nosotros no sabemos nunca qué pasa. No me gustan las sentencias secretas, las ejecuciones en los sótanos, la mecánica de los complots. Tú entiendes: siempre hay dos complots, el positivo y el negativo. ¿Cómo saber cuál es el de los justos, cuál es el de los culpables? ¿Cómo saber si hay que tener piedad, si hay que ser despiadado? ¿Cómo lo sabremos nosotros, entonces, cuando los hombres del poder pierden ellos mismos la cabeza, como es evidente?

Máquinas transparentes, máquinas tenebrosas: en las primeras hay un engranaje llamado *piEDAD*; en la oscuras máquinas del Sistema actual—actual en 1934; en 1940-1942, cuando Serge escribía su novela; en 1999...— las máquinas están llenas de sentencias secretas, ejecuciones en sótanos, complots: una telaraña hecha de sangre, metal y fuego.

6. El iluminado solitario

El secreto de la conspiración para asesinar a Serguei M. Kirov sigue aparentemente hundido en las tinieblas bien engranadas de las máquinas estatales. Sin embargo, hay quienes piensan de una manera diferente. Por ejemplo, François Furet se refiere en una nota de su libro *El pasado de una ilusión* (FCE, 1995) a Alla Kirilina, autora de *L'Assassinat de Kirov* (Seuil, 1965). “Según la autora de este libro—explica Furet—, ni la NKVD local ni la NKVD nacional estuvieron implicadas en el asesinato de Kirov, que fue cometido por un iluminado.” Es decir que, ante la tesis de la conspiración de Stalin, se levanta la posibilidad de otro engranaje imprevisto, ingrávito, literalmente imponderable: el acto de un hombre solitario, fulminado por una iluminación redentorista.

Esta tesis recorre de punta a punta la novela de Victor Serge. El novelista no olvida nunca, sin embargo, el sangriento botín que Stalin se allegó manipulando la muerte de Kirov en su beneficio.

7. Una nota mexicana

Quiero concluir estos renglones acerca de aquel asesinato en Leningrado con una nota mexicana. Sé de buena fuente que el fiscal Miguel Montes leyó *El caso Tuláyev* en 1994, en los meses en los que estuvo a la cabeza de las indagaciones del caso Colosio. Sin aventurarme demasiado en una conjetura que no me está permitida, puedo decir que el cambio de su actitud como investigador reprodujo exactamente los cambios que ocurren en la novela de Victor Serge: de la hipótesis de la conjura a la tesis del asesino solitario. —